

ESCENA III.

Los bosques de Bohemia:

SPIEGELBERG, RAZMANN, BANDAS DE LADRONES.

RAZMANN.—¿Tú aquí, tú verdaderamente aquí? ¡Deja, pues, que te abrace hasta hartarme, querido Mauricio, hermano mio de mi corazón! ¡Bien venido seas á los bosques de Bohemia! Estás grueso y robusto. ¡Soberbio batallón! ¡Tráenos reclutas animados de un mismo pensamiento, excelente enganchador!

SPIEGELBERG.—¿Valen, eh, hermano? ¿valen, no es verdad? ¡Y todos muchachos útiles además! No crearás acaso que la visible bendición del Señor me favorece; yo era para tí un pobre diablo hambriento, sin poseer más que este bastón, cuando atravesé el Jordán, y ahora contamos ya con setenta y ocho, la mayor parte comerciantes arruinados, magistrados y escribientes de desecho de las provincias de Suabia: ahí tienes, hermano, un cuerpo escogido, bribones deliciosos, que te digo, á fe mía, que se roban unos otros los botones de su pantalones, y junto á los cuales sólo hay seguridad teniendo cargado el fusil. Y son sobresalientes, y su fama se extiende á cuarenta millas á la redonda, aunque parezca imposible. No encontrarás un periódico en donde no se inserte un parrafillo sobre el sagaz Spiegelberg; pero yo me lavo las manos... de pies á cabeza me retratan, y tú me ves allí tal cual soy; ni uno solo de los ojales de mi traje han olvidado siquiera. Pero nosotros los tratamos como á locos, con lástima. Me presento últimamente en una imprenta, digo que he visto al célebre

Spiegelberg, y dicto á un escribientillo, que estaba allí sentado, una descripción exacta de un curandero charlatán, que residía en el mismo lugar; la noticia circula, atrapan al desdichado, lo sujetan á la tortura, y en su angustia y en su estupidez confiesa el hombre, ¡llévenme los diablos! confiesa que es Spiegelberg... ¡Truenos y rayos!... estaba inclinado á presentarme al juez, para que ese canalla no manchase mi nombre... y, como te digo, lo ahorcaron á los tres meses. Me vi obligado á tomar una buena dosis de tabaco al pasar ante la horca, y contemplar al pseudo-Spiegelberg balanceándose en toda su gloria... y estando Spiegelberg ahorcado, Spiegelberg se escapaba del lazo sin sentir, y hacia conocer á la sapientísima justicia que era un asno, poniéndola en ridículo.

RAZMANN.—Tú siempre el mismo.

SPIEGELBERG.—Cierto; como me ves, en cuerpo y alma. ¡Loco! Pero quiero contarte una broma, que dí recientemente en el convento de Santa Cecilia. Llegué á él en mi peregrinación al oscurecer; y como aquel día nada notable había hecho, y tú sabes que odio de muerte el *diem perdidí*... fué preciso celebrar la noche dando un gran golpe; aunque el demonio me hubiera arrancado una oreja. Nos mantuvimos tranquilos hasta tarde. El silencio era completo. Las luces se apagaban. Creímos que las monjas estarían ya durmiendo. Entonces, acompañado de mi amigo Grimm, y poniendo á los demás de centinelas delante de la puerta hasta que me oyeran silbar, me dirijo al portero del convento, le quito las llaves, me deslizo dentro, en el dormitorio de las monjas, cojo sus ropas y las hago un lío á la puerta. Recorremos así todas las celdas, quitamos los vestidos á todas las hermanas, y, por último, á la abadesa. Silbo entonces, y mis compañeros asaltan el convento con tanta algazara, que parecia el día del juicio, y se precipitan con gritos y bromas bestiales en las celdas... ¡Ja, ja,

ja... era un espectáculo maravilloso, una cacería... los desdichados animalejos, buscando sus ropas en la oscuridad, dando ayes y lamentos, como si fueran presa del diablo, y nosotros mientras tanto persiguiéndolos encarnizados; ya envolviéndose, llenas de horror y espanto, en las colchas de sus camas, ó acurrucadas, como los gatos, bajo el horno; ya, en la angustia de su corazón, llenaban de tal modo con sus orines el aposento, que hubieses nadado en él, gritando y condoliéndose; y, por último, la vieja bribona, la abadesa, vestida como Eva antes de su caída... Tú sabes, hermano, que no hay en toda la tierra nada que me repugne tanto como una araña y una vieja... figúrate, pues, á ésta, negra, llena de arrugas y de vello, bailando delante de mí y conjurándome que respetara su virginidad... ¡Llévenme los diablos! pero ya me preparaba, de codos sobre ella, á terminar la operación de confundir en uno lo noble y lo innoble de su cuerpo... ¡pronto se resolvió el negocio! ó entregarme toda la vajilla de plata, las alhajas del convento y las monedas brillantes, ó... mis muchachos me comprendieron... y te digo que recogí más de mil thalers de aquel claustro, y divertirme además, y mis gentes han dejado un recuerdo que ellas guardarán nueve meses.

RAZMANN. (Dando en tierra con el pie.) — ¡Maldición! ¡Y no haber estado yo allá!

SPIEGELBERG. — ¿Ves tú? ¿Podrás decir si vida como esta no es envidiable? Y siempre robusto y ágil, y se engorda que es un placer, y se ve crecer por horas el vientre como el de un prelado... No sé... pero he de tener cierta virtud magnética, porque atraigo á mí todos los bribones de la tierra como el imán al hierro.

RAZMANN. — ¡Buen imán estás! Pero quisiera saber, por el diablo, de qué artes mágicas te vales...

SPIEGELBERG. — ¿Artes mágicas? No se necesitan. Lo principal es tener cabeza, cierto juicio práctico, que no se ad-

quiere comiendo cebada... Mira; yo siempre digo que de cualquiera leño se hace un hombre de bien; pero para ser bribón lo esencial es el ingenio... Es además indispensable cierto carácter nacional, lo que yo apellido el clima propio de los bribones; y si no, encamínate al cantón de los Grisones, y te encontrarás en la Atenas del robo.

RAZMANN. — Según me han dicho, toda Italia es lo más ilustre en este concepto.

SPIEGELBERG. — Sí, sí; no hay que usurpar á nadie lo suyo. Italia tiene sus hombres; y si Alemania sigue la senda ya emprendida, y la Biblia llega á dominar por completo, como todas las apariencias lo indican, algo bueno saldrá de ella con el tiempo... pero he de decirte que, en lo general, no es el clima el elemento más favorable, sino el genio, y por lo demás, oh hermano, una manzana, ya lo sabes, ni en los jardinillos del Paraíso se convertirá nunca en una piña americana... Pero déjame que te cuente lo que resta... ¿en dónde estaba?

RAZMANN. — En tus artificios.

SPIEGELBERG. — Sí, es verdad; en mis artificios. Lo primero que has de hacer, cuando llegas á alguna ciudad, es trabar conocimiento con los agentes de policía encargados de la vigilancia de los mendigos, con los de orden público y los carceleros, y averiguar quiénes son sus mejores amigos, y á quiénes honran más, y contraer relaciones con ellos... Después frecuentas los cafés, los lupanares y las posadas, y espías y sondeas al que más vocefera contra la venalidad á bajo precio, contra la usura al cinco por ciento, contra la invasora peste de la reforma de la policía, contra los fisio-nomistas y otras cosas de este jaez... he aquí la ocasión propicia... la honradez se mueve y vacila como una rueda inútil, y basta entonces aplicar la llave para arrancarla... ó mejor y más breve: andando, dejas caer un bolsillo lleno en mitad de la calle, y te ocultas en cualquiera parte, y

acechas bien al que lo coge... lo sigues, lo encuentras, lo llamas y le preguntas al pasar:—«Caballero, ¿no habéis hallado, por casualidad, un bolsillo con dinero?» Si dice que sí, es señal de que el diablo no está de tu parte; pero si lo niega:—«Dispensad, caballero... yo no he visto nada... lo siento...» (Con alegría.) ¡hermano, hermano, tuya es la victoria! Apaga la linterna, astuto Diógenes... encontraste á quien buscabas.

RAZMANN.—Eres un práctico distinguido.

SPIEGELBERG.—Ya lo creo! Nunca lo he dudado... Ya que tienes á tu hombre preso en tus redes, es preciso que te des traza de sacarlo de ellas. Mira, hijo mio, de qué maña me valgo... Ya en la buena pista, me adhiero á mi neófito como la polilla á la ropa, bebo con él como buen camarada, y no olvides nunca ser tú el pagano; y aunque el desembolso no sea leve, no repares en ello... prosigue tu obra, llévalo á las casas de juego y á las reuniones de libertinos, enrédalo en pendencias y malos pasos, hasta que quiebre por completo en salud y fuerzas, en dinero, en conciencia y en buen nombre, porque, por vía de incidencia, debo decirte que nada conseguirás si no lo pierdes en cuerpo y alma... ¡Créemé, compañero! Cincuenta veces he averiguado en mi larga experiencia, que en cuanto sale del nido el hombre honrado, se hace esclavo del demonio... pero la transición es tan fácil, ¡oh! tan fácil, como la de una mujer alegre á prostituta... Pero ¿oyes? ¿qué ruido es ese?

RAZMANN.—Un trueno. Continúa.

SPIEGELBERG.—Otro camino hay más corto y preferible: dejas á tu hombre sin casa ni hogar, y cuando ha perdido hasta la camisa, él mismo vendrá á buscarte... ¡No serás mi maestro en artificios, hermano! Pregunta, si no, á aquel de cara cobriza... ¡Dura necesidad! á ese lo atraje al lazo con sutileza... Le ofrecí cuarenta ducados, si quería traerme

en cera las llaves de su amo, y ¡asómbrate! ese estúpido animal, ¡el diablo me lleve! me trajo las mismas llaves y reclamó su dinero...—«Caballero, le dije, ¿no sabéis que ahora, con estas llaves en mi poder, os puedo llevar en derecho al encargado de la policía, y proporcionaros un puesto en la horea?...» ¡Mil truenos! ¡Si hubieses visto cómo abría los ojos el pobre diablo, y cómo temblaba á modo de perro de aguas mojado!...—«Por el cielo, ¿lo haréis así? yo quiero, yo quiero...» «¿Qué demonios quiere? ¿Desea librar su cabeza é irse al infierno conmigo?...» «¡Oh! de todo corazón, con la mayor alegría.» ¡Ja, ja, ja! ¡El pobre diablo! Con tocino se atrapa á los ratones... ¡Ríete de él, Razmann! ¡Ja, ja, ja!

RAZMANN.—Sí, sí, debo confesarlo. Escribiré esta lección en mi cerebro con letras de oro. Bien conoce Satanás á sus elegidos, puesto que te ha nombrado su agente.

SPIEGELBERG.—¿No es verdad, hermano? Y á mi juicio, pagándole yo el diezmo, me dejará libre... Si todo editor da á su librero un ejemplar gratis por cada diez, ¿por qué ha de ser el diablo tan avaro? Huelo pólvora, Razmann.

RAZMANN.—¡Diantre! La huelo también tiempo hace... Ten cuidado, que algo ocurre aquí cerca... Sí, sí; como te digo, Mauricio, tú y tus reclutas seréis los bienvenidos para el Capitán... ha atraído á algunos hombres de bien.

SPIEGELBERG.—Pero ¡los míos! ¡los míos!... ¡bah!

RAZMANN.—Sí, sin duda; pueden tener ágiles los dedos; pero te aseguro que la fama de nuestro capitán ha seducido á algunos hombres de bien.

SPIEGELBERG.—No espero...

RAZMANN.—¡Con formalidad! Y no se avergüenzan de servir á sus órdenes. No mata por robar, como nosotros... poco le importa el dinero, por mucho que haya, y hasta la tercera parte del botín, que le corresponde de derecho, la gasta en niños huérfanos ó en pagar los estudios de jó-

venes pobres y aplicados. Pero si se trata de despojar á algún gentilhombre campesino, que explota á sus colonos como á animales, á algún bribón con galones dorados, que ha de caer bajo su férula, que elude las leyes y ciega con oro á la justicia, á algún otro petímetro insignificante... entonces se encuentra en su elemento natural, y ni el demonio lo iguala, y parece que sus fibras se transforman en furias.

SPIEGELBERG. — ¡Jum, jum!

RAZMANN. — Estando en una venta supimos hace poco que había de pasar cerca un cierto Conde de Ratisbona, que había ganado en pleito un millón con las tretas de su abogado; estaba á la mesa comiendo... «¿Cuántos somos?» me preguntó, levantándose precipitadamente. Noté que se mordía el labio inferior, lo cual sólo le sucede cuando le domina la cólera. «Nada más que cinco, contesté.—Bastan, dijo.» Tiró el dinero en la mesa á la ventera, no probó siquiera el vino que se le había servido, y nos pusimos en marcha. Sin hablar palabra alguna, anduvo solo á uno y otro lado, y se limitó á interrogarnos de vez en cuando si veíamos algo, y á ordenarnos que escucháramos poniendo nuestros oídos contra la tierra. Al fin se presentó el Conde; su carruaje venía cargado hasta los topes; el abogado dentro, junto á él; un jinete delante; y á los costados dos criados á caballo. ¡Si lo hubieses visto entonces con una pistola en cada mano saltar el primero en el coche, y la voz con que gritó alto!... El cochero, que no quería parar, salió danzando del peseante; el Conde se precipitó del coche; los de á caballo tomaron la huida. «¡El dinero, canalla!» exclamó con voz de trueno. Parecía un buey en el matadero. «¿Y tú eres el bribón que conviertes á la justicia en prostituta?» El abogado temblaba; sus dientes rechinaban... el puñal se hundió en su vientre como una estaca en una viña. «Lo mío se acabó,» dijo; y vol-

viéndose á nosotros con orgullo: «El robar es oficio vuestro.» Y en seguida desapareció en la espesura.

SPIEGELBERG. — ¡Jum, jum! Hermano, lo que te he contado antes se queda entre nosotros, y no hay necesidad de que él lo sepa. ¿Me entiendes?

RAZMANN. — Sí, sí; te entiendo.

SPIEGELBERG. — ¡Tú lo conoces! Tiene también sus caprichos. Ya me comprendes.

RAZMANN. — Lo comprendo, lo comprendo. (Schwartz llega corriendo.) ¿Quién va allá? ¿Qué hay? ¿Caminantes en el bosque?

SCHWARTZ. — ¡Pronto, pronto! ¿En dónde están los otros? ¡Mil diablos! ¡Y os entretenéis ahí en charlar! ¿No sabéis... no sabéis, pues, nada?... y Roller...

RAZMANN. — ¿Qué hay, qué hay?

SCHWARTZ. — Roller está preso, y cuatro más con él.

RAZMANN. — ¿Roller? ¡Maldición! ¿Desde cuándo?... ¿cómo lo sabes?

SCHWARTZ. — Hacía ya tres semanas, y nada sabíamos. Tres sesiones había ya celebrado el tribunal, y nada habíamos oído; se le ha interrogado en la tortura quién es su capitán... y ese valiente mancebo no lo ha confesado; ayer lo condenaron á muerte, y hoy por la mañana ha sido despatchado al infierno en correo extraordinario.

RAZMANN. — ¡Satanás me valga! ¿Lo sabe el capitán?

SCHWARTZ. — Ayer lo supo por primera vez. ¡Echaba espuma como un jabalí! No ignoras que siempre lo ha preferido, y ahora la tortura... Se han llevado á la cárcel cuerdas y escalas, aunque inútilmente; él, en persona, disfrazado de capuchino, se ha deslizado hasta su calabozo para que se escapara, quedándose en su lugar; Roller lo resistió con obstinación: recientemente ha hecho un juramento que nos ha helado de espanto, porque ha dicho que ha de encender en su honor tales antorchas fúnebres, cuales no

han alumbrado ni á los reyes, y que han de quemar á los jueces y tostarlos. La suerte de la ciudad me trae cuidadoso. Largo tiempo hace que la detesta por su fanatismo; y ya conocerás, por la experiencia, que cuando dice «haré esto,» es lo mismo que si lo hubiese hecho.

RAZMANN. — ¡Es cierto! Sé lo que es el capitán. Si hubiese dado su palabra al diablo de encaminarse á los infiernos, no rezaría una sola sílaba, aunque le constara que podía salvarse diciendo medio Padre Nuestro... Pero, ¡ay de mí! ¡El pobre Roller, el pobre Roller!...

SPIEGELBERG. — *Memento mori.* Pero esto no me conviene en lo más mínimo. (Tararea una canción.) « Cuando paso junto á la horca, guiño sólo el ojo derecho, y digo para mis adentros: tú, y no yo, estás en la horca. ¿Quién será más necio de los dos? »

RAZMANN. (Levantándose.) — ¡Oís! Un tiro. (Se oyen tiros y ruido.)

SPIEGELBERG. — ¡Otro!

RAZMANN. — ¡Otro! ¡El capitán! (Se canta detrás de la escena.) « Los nurembergueses no ahorcan á ninguno antes de tenerlo en su poder. » *Da capo.*

SCHWEIZER Y ROLLER. — (Detrás de la escena.) — ¡Hola, eh! ¡Eh, hola!

RAZMANN. — ¡Roller, Roller! ¡Llévenme todos los diablos!

SCHWEIZER Y ROLLER. (Detrás de la escena.) — ¡Razmann! ¡Schwartz! ¡Spiegelberg! ¡Razmann!

RAZMANN. — ¡Roller! ¡Schweizer! ¡Relámpagos y truenos, granizo y tempestad! (Salen corriendo á su encuentro. Moor á caballo. Schweizer, Roller, Grimm, Schusterle. Banda de ladrones llenos de lodo.)

MOOR. (Desmontándose del caballo.) — ¡Libertad! ¡Libertad!... ¡Ya estás en seco, Roller!... Llévate mi caballo, Schweizer, y lávalo con vino (échase en tierra.) ¡Nos salimos con ella!

RAZMANN. (A Roller.) — Ahora, ¡por la hornaza de Plutón ¿te has escapado de la rueda?

SCHWARTZ. — ¿Eres tú su sombra? ¿Estoy yo loco? ¿Eres tú en realidad?

ROLLER. (Sin aliento.) — Sí, yo soy... Yo, vivo... en cuerpo y alma... ¿De dónde crees tú que vengo?

SCHWARTZ. — ¡Parece cosa de brujería! Tu muerte estaba ya decretada.

ROLLER. — Nada más cierto; y más que eso todavía. Vengo de la horca en línea recta. Déjame primero respirar. Schweizer te lo contará. Dadme una botella de aguardiente. ¿Tú otra vez aquí, Mauricio? Ya creía que te había de encontrar en otra parte. ¿Me dareis al fin una botella de aguardiente? Mis huesos están mal unos con otros... ¡Oh, mi capitán!... ¿En dónde está mi capitán?

SCHWARTZ. — Ya, ya lo verás... pero di, cuéntanos de una vez cómo te has escapado. ¿Cómo estás de nuevo en nuestra compañía?... Se me ha trastornado la cabeza. ¿De la horca dices tú?

ROLLER. (Que se bebe una botella entera de aguardiente.) — ¡Ah, bien sabe, bien conforta!... ¡De la horca en derecha, te digo!... Ahí estáis mirando con la boca abierta y ni soñarlo podéis... No me hallaba ni á tres pasos de la escalera fatal, por la cual había de subir al mismo seno de Abraham... tan cerca... tan cerca... que mi cabeza y mi cuerpo estaban ya destinados á la anatomía... no valía mi vida un polvo de tabaco. Debo al capitán el respirar, la vida y la libertad.

SCHWEIZER. — Fué una broma digna de oírse. Supimos un día antes por nuestros espías que Roller estaba ya en salmuera, y á no venirse abajo el cielo en el momento oportuno, que al día siguiente... esto es, hoy... había de tomar el camino ordinario de toda carne... «¡Arriba! dijo el capitán. ¿Qué no se ha de aventurar por un amigo?...